

Enseñarles a comprenderse

Los pequeños reaccionan de forma impulsiva. En las primeras edades no saben que existe un modo correcto y otro incorrecto de hacer las cosas. Como educadores les haremos entender sus acciones y reflexionar sobre ellas.

Las primeras acciones y reacciones de los niños cuando son muy pequeños conllevan, por parte del adulto y de los educadores, una respuesta de enseñanza de cómo deben comportarse y si esa conducta ha sido correcta o no. Debemos prestar especial atención al modo en el que deben comportarse con los demás, responder ante impulsos o insintios...

Los niños tienen necesidad de todo tipo de enseñanza. Normalmente, reaccionan de manera impulsiva pero no saben que existe un modo correcto de hacer las cosas y un modo incorrecto. Por eso, nosotros debemos insistir y todos los esfuerzos deben centrarse, principalmente, en enseñarles qué es lo correcto y lo incorrecto. Por ejemplo, un niño de un año que pega a otro para conseguir su juguete no piensa si lo que ha hecho está bien o mal, su único objetivo es conseguir su juguete. Nuestro papel, como educadores, es enseñarle que existen otros modos de conseguir el juguete y que esa conducta que ha tenido produce una consecuencia sobre el otro y por eso no está bien.

Una vez que aprenden lo que está bien o no está bien, respecto a su modo de actuar, nuestra tarea como educadores debe ir más allá. Deberíamos enseñarles a reflexionar y darse cuenta de por qué han actuado de esa manera o cómo se sienten cuando reaccionan de un modo determinado. Deben ser conscientes de qué es lo que les ha ocasionado comportarse de esa manera o cómo les ha afectado el modo de comportarse. Por ejemplo, si un niño de tres años insulta a otro, debemos hacerle pensar en cómo se sentía antes de

insultar, si estaba decepcionado con ese niño, enfadado o se sentía amenazado por él y, además, debe analizar cómo se siente después de haber insultado y de ver que ese insulto a ese niño tampoco le ha gustado.

En definitiva, con esta reflexión previa y posterior a la conducta lo que se pretende no es solamente hacerle ver si está bien o no esa reacción, puesto que esto probablemente lo hemos ido trabajando desde las edades anteriores. Nuestro objetivo es ir más allá y es hacerles ver y entender cómo se sienten, por qué se sienten de esa manera y cómo reaccionan ante esos sentimientos.

En estas edades, no podemos crearnos expectativas excesivamente altas sobre el control de sus sentimientos y emociones. La primera fase debe estar en hacerles reflexionar cuando sucede una conducta inadaptada sobre por qué han actuado así y cómo creen que se sienten. Esta reflexión debe llevarse a cabo siempre que se produzca este tipo de conductas hasta que se conviertan en un hábito. El poner nombre a sus emociones y sus sentimientos les ayudará a entenderse y si se adquiere el hábito de reflexionar sobre cada conducta, en un futuro, podrá llegar a producirse esta reflexión de manera previa a otras posibles reacciones.

Si desde el aula se plantea este tipo de trabajo dentro de nuestra programación, como un punto al que darle importancia tanto de manera individual como grupal, los efectos positivos no sólo se producirán sobre cada niño el cual se comprenderá mejor, sino que, además, se podrán trabajar los pensamientos y entenderán por



qué los otros niños han actuado de una manera determinada, que reflexionen sobre cómo los demás se pueden estar sintiendo, con el único fin de que aprendan a entenderles.

Una vez que veamos que ese hábito está adquirido y que son capaces de pararse a pensar cómo se sienten ellos mismos y los demás, el siguiente paso sería aprender a controlarse. Esto significa que antes de actuar son conscientes de cómo se sienten. Por ejemplo, si están enfadados son conscientes de ello y tratan de actuar lo mejor posible ante ese enfado. Esta situación requiere de un nivel madurativo mayor en el plano emocional y, a ve-



Cuando surge una **conducta inadaptada** debemos hacer que reflexionen sobre el por qué han actuado así y como se sienten ellos y los demás

ces, en estas edades, no está del todo desarrollado.

Algunas pautas que pueden ayudarnos a trabajarlo en el aula son:

- Elaborar para cada niño una ficha de

recogida de datos y observación de sus emociones y sus sentimientos.

- Destinar un tiempo diario dentro de las rutinas del aula.

- Analizar situaciones espontáneas que puedan surgir y trabajarlas siempre del mismo modo, siendo el punto clave la reflexión sobre por qué se ha actuado de esa manera.

- Plantear situaciones ficticias para que los niños las puedan analizar y trabajar en grupo –por medio de fichas, viñetas, vídeos, dibujos...-.

- La colaboración centro educativo-familias es imprescindible, por lo que debemos informar a los padres, por medio de

circulares o agenda, de este tipo de actividades en las tutorías y de manera continua. Es tan importante trabajar las emociones desde que son pequeños, que debemos, como educadores, darles un espacio específico en nuestro trabajo al igual que el resto de actividades más cognitivas o académicas. Podemos pensar que son pequeños pero no lo son. Es un muy buen momento para comenzar a trabajarlo y debemos motivarnos pensando todo lo que podemos conseguir. ●

MARÍA CAMPO

DIRECTORA ESCUELAS INFANTILES KIMBA
WWW.ESCUELASKIMBA.COM